

constituye juez de sí mismo. Por eso se regocijaba tanto cuando iban á verlo personas letradas, que fuesen de su misma opinion: y hallándose una vez gravemente enfermo, solo al oír decir que sus alumnos sostenian y defendian el primado y la infalibilidad del Papa, dió un salto y pareció como que recobraba algun tanto las fuerzas.

CAPITULO IV.

Esperanza en Dios de San Alfonso.

De las muchísimas cosas ya referidas se ha podido comprender fácilmente cuan arraigada estaba en el corazón de Alfonso, esta virtud de la esperanza en Dios. Esta fué la que lo sostuvo contra las fuertes contradicciones y grandísimos obstáculos que encontró á los principios cuando quiso abrazar el estado eclesiástico, y mucho mas al poner mano despues en la intentada fundacion de su nueva congregacion. La absoluta carencia de todo auxilio y favor humano, la mas estrecha pobreza, los mas largos y obstinados litigios, el total abandono de sus primeros compañeros,

las mas graves injurias, los mayores desprecios y demas contrariedades, jamas fueron bastantes, no diré para desanimarlo y abatirlo; pero ni aun para conmovirlo y hacerlo desmayar en lo mas mínimo en la obra emprendida solo por la gloria de Dios y por el bien de las almas. Desconfiando enteramente de sí mismo y de las fuerzas humanas, echaba el ancla de toda su esperanza en Dios y andaba constantemente repitiendo: *Me basta con Dios;* y de este modo, sin desalentarse jamas, sin perder la paz del corazón, ni la tranquilidad del espíritu, llegó á superar todo cuanto se oponia á sus justos designios, y pudo fundar muchas casas de su instituto, contra los esfuerzos de sus adversarios, y con asombro de todos.

Esta tan viva y tan firme esperanza que tenia en Dios fué tambien lo que lo mantuvo firme y constante en la aridez y desolacion de espíritu en que el Señor, para hacer mayor prueba de él, permitió que se encontrase en los últimos años de su vida; y mucho mas contra las sugestiones y tentaciones de desconfianza y de desesperacion, con que el demonio procuró atormentarlo y vencerlo. Sufria con suma paciencia las primeras y resistia valerosamente á las segundas, avivando siempre mas su esperanza en Dios, y su confianza en los méritos infinitos de Jesucristo y por eso andaba constantemente repitiendo: *En vos, oh*

Señor, confío: nunca seré confundido por toda la eternidad. El demonio me quiere hacer desesperar; pero yo quiero confiar siempre en Jesucristo. Sí, Jesucristo mio, vos habeis muerto por mí: vuestra sangre es mi esperanza y toda mi salud. Y como uno de los padres de su congregacion viéndolo un dia mas agitado por los escrúpulos que nunca, comenzó á decirle: *Monseñor, no dudeis: habeis hecho tantas obras buenas, le cortó la palabra al instante y le respondió: ¿Qué obras buenas? mi esperanza es Jesucristo, y despues de él María Santísima.* En otra ocasion se encontraba en tal obscuridad y en unas tinieblas tan espesas, que parecia que no hallaba motivo alguno de confianza para consolarse. Se volvía á mirar al Crucifijo, y exclamaba: *Con que, Jesus mio, no os he de amar eternamente?* Despues á la Virgen, y añadía: *Mamá mia, ¿por qué no te he de gozar en el paraíso?* Uno de sus compañeros que estaba presente se le acercó, y le dijo: *Monseñor, vea el Crucifijo y diga conmigo: En vos, oh Señor, espero: no seré confundido en la eternidad.* Entonces Alfonso al oír la palabra *esperar*, se serenó, se llenó de alegría y no cesaba de repetir: *En tí espero, oh Señor.*

Quando moria alguno de sus alumnos que habia llevado una vida bastante ejemplar, él se affigia por

la pérdida que hacia la Congregacion; pero al mismo tiempo se alegraba con la esperanza de que se hubiera salvado, y estuviera ya seguro de la vida eterna. Por lo que envidiando constantemente su suerte, así como la de todos los bienaventurados que ya aman á Dios, y no pueden volver á ofenderlo, se le oía esclamar: *¿Cuándo tendremos tambien la suerte de ser su compañero en el cielo!* Este deseo de desatarse de una vez de los lazos del cuerpo era tan vivo en Alfonso, que no solo no veía con horror y espanto la idea de la muerte, como sucede á la mayor parte de los hombres, sino que hablaba de ella con placer, y se ocupaba en meditarla continuamente, viendo que este es el único medio que hay para penetrarse de un saludable temor de ofender á Dios ni aun levemente, y de unirse con él para siempre. De aquí es que acostumbraba decir á menudo: *Jesucristo mio, deseo tanto alcanzar pronto la feliz suerte de veros en el cielo, que me parece que tardo mil años en morir.* Y como cada vez crecía mas en él la esperanza de ir á gozar de la vision beatífica de Dios, y á besar, como él decia, los piés á María Santísima, mas se encendía tambien en él el deseo de dejar este despojo mortal, de modo, sin embargo, que jamas se apartase de una entera conformidad con la voluntad divina. Sentía un calor tan grande en la cabeza, que habia sido bastan-

te, como aseguraba, para liquidar una montaña de nieve; y volviéndose de cuando en cuando al Crucifijo, no hacía mas que repetir: *Señor, si es vuestra voluntad que yo muera, estoy pronto á morir.* Y así lo hacía siempre en todas sus enfermedades, porque como él mismo acostumbraba decir, *los santos se hicieron santos, porque siempre se conformaron con la voluntad divina.*

Procuraba Alfonso insinuar en el corazón de todos, y particularmente en el de los pecadores, esta esperanza en Dios por los méritos infinitos de Jesucristo, tanto en las conversaciones familiares, como en el tribunal de la penitencia, y mucho mas todavía en sus sermones, considerando que este es un medio bastante eficaz para retraer á las almas del vicio, y conducir las á una sincera y estable mutacion de vida. El, en efecto, en las misiones, ademas de los sermones particulares que predicaba con este argumento, nunca dejaba, aun en los sermones de terror, de animar al fin de ellos al auditorio á confiar en la divina misericordia. Y cuando referia algun paso ó sentencia de la Sagrada Escritura, ó de los santos padres sobre la confianza que se ha de tener en los méritos de Jesucristo, ó en la proteccion de la beatísima Virgen, se le veía el rostro muy encendido, y lo hacía con tanto celo y fervor, que los animaba á todos á es-

perar en Dios por medio de un verdadero arrepentimiento de sus culpas. Lo mismo quiso que hiciesen sus alumnos, esto es, que en las misiones predicasen un sermón particular sobre la confianza que debemos tener en Jesucristo y en María Santísima, y tambien sobre la eficacia de la oracion, como único medio, segun decia, para arrancar á las almas de las manos del demonio y llevarlas á Jesucristo.

Aunque lo dicho hasta aquí sea mas que bastante para hacer ver, cuán grande era la virtud de la esperanza en Dios, en que estaba encendido Alfonso, lo era todavía mas. Léanse sus obras espirituales, y se verá siempre mas claramente hasta qué grado la poseía y de cuantos medios se valia para encenderla en el corazón de todos, no para que se continúe durmiendo tranquilamente en el pecado con la esperanza del perdón, como querian creer falsamente algunos, sino solo para que se salga pronto y valerosamente de él, esperando su remision de la infinita bondad y misericordia de Dios.

CAPITULO V.

Amor de San Alfonso hácia Dios.

No hay accion alguna en toda la vida de Alfonso, que no manifieste muy claramente el gran fuego de amor divino en que ardía su corazon. El abandono del mundo y todo lo que este le ofrecia de atractivo y lisonjero; la completa victoria que alcanzó sobre la carne y la sangre; la vida pobre y mortificada que quiso abrazar, y que consagró toda entera al servicio y á la gloria de su Señor, no fueron ciertamente mas que efectos de aquel amor que tan fuertemente lo impulsaba hácia su Dios. Y si la entera observancia de todos los mandamientos divinos son la verdadera prueba de un perfecto amor de Dios, ¿quién no ve que esta fué justamente la que dió Alfonso, que siempre procuró observar con la mayor exactitud, como ya se ha demostrado, no solo todos los preceptos sino tambien los consejos evangélicos? Despues de esto, ¡Oh, y como podia él repetir con el Real Profeta: *He corrido, oh Señor, por la via de vuestros mandamientos, desde que habeis dilatado mi corazon con la caridad!*

Así es que temía muchísimo el ofender á Dios aun

lo mas mínimo, y era tanto su ódio al pecado, que siempre decia: *Antes querria arder vivo en una caldera, que cometer un pecado mortal.* Se estremecia y se horrorizaba al solo nombre de pecado voluntario, aunque fuese leve: y por eso huía con el mayor cuidado hasta de su sombra, escrupulizándose por cualquiera cosa aunque no fuese pecaminosa. De aquí es que para conservarse mas y mas libre y exento de cualquiera clase de culpa, todos los sábados se acercaba al sacramento de la penitencia, y en los últimos años de su vida lo hacia todos los dias. De este modo se mantuvo siempre Alfonso hasta la muerte tan limpio y puro, que siete de sus confesores, de unánime consentimieto, atestiguaron que jamas habia manchado con ningun pecado deliberado y voluntario ni aun venial, la estola de la inocencia que habia recibido en el santo bautismo.

A este cuidado tan rígido y tan escrupuloso de su corazon, para poder ofrecerlo á todas horas immaculado é intacto á su Dios, unia la mayor diligencia y solitud para tener siempre vuelto el pensamiento y la mente á su amado Señor, y no perderlo jamas de vista. Ya hemos hablado del mucho tiempo que empleaba constantemente de dia y de noche en la oracion vocal y mental, y con tan grande aplicacion de mente y fervor de espíritu, que frecuentemente se le veia

todo el rostro encendido, é inmóvil y estático por mucho tiempo, en fuerza de aquel amor divino que lo atraía al objeto amado. Una vez entre otras, á la mitad del dia en el mes de Julio estaba sentado en el claústro del convento de los padres Domínicos de Santa Catarina en Fornello en Nápoles, y allí se le vió por mas de una hora tan absorto en Dios, que no dió la menor señal de movimiento, aunque el sol le heria con toda su fuerza, y le molestaba el rostro una multitud de moscas importunas. Ademas de todo esto, jamas dejaba de tomar sino por enfermedad, ó por algun negocio muy urgente, los ejercicios espirituales por diez dias cada año, y el retiro de un dia cada mes, en cuyos dias abandonaba todo cuanto lo pudiese distraer, observaba mayor recogimiento, y no se ocupaba mas que en meditar en las cosas celestiales, ó en la lectura de libros ascéticos y morales. Pasó por Illicito, donde en aquella época vivia Alfonso, el misionero Apostólico Don Juan de Conti Appiani que deseaba hablarle; pero como ese dia era de retiro para él, le hizo saber que no podia interrumpirlo, y aquel tuvo que partir sin siquiera verlo.

Mas no por esto se crea que Alfonso olvidase ni por un momento á su Dios, ya fuese estudiando, ó atendiendo á los negocios de su Congregacion, ó á los del obispado, ú ocupándose en cualquiera otras

cosas que pueden y suelen distraer por lo comun la mente y el espíritu de pensar actualmente en Dios. No: porque ademas de andar siempre en su presencia, y enderezándolo todo á su gloria, frecuentemente se volvía á él con jaculatorias implorando su auxilio, pidiéndole el amor, y ofreciéndole todo su corazon. No gustaba de hablar mas que de Dios y de las cosas celestiales, con esto cortaba pronto qualquiera otra conversacion que se introdujese en su presencia, tanto para satisfacer su deseo de no pensar mas que en Dios, y de no hablar mas que de Dios, como para suscitar en el corazon de los demas alguna chispita por lo menos de aquel amor divino en que él ardía. Y en verdad que la flama de este amor era tal, que al hablar de ella en público y en lo privado, se le veía claramente el rostro encendido, arrojar suspiros ardientes, y conmovér de modo, que muchas veces parecia querer lanzarse hácia aquel á quien solo amaba. De aquí es que si alguno se encontraba por acaso á su lado, particularmente en los últimos años de su vida, tenia que separarse de él, para que no le tocase á tan fuertes y tan repentinos movimientos, y era necesario que de cuando en cuando se le refrescase un poco la frente con un lienzo empapado en agua fresca para apagar el calor en que ardía. Para decirlo de una vez, el amor de Alfonso hácia Dios no conocía

diminucion ni interrupcion, porque él sabia muy bien sacar de todo pensamientos y afectos con que estrechase mas y mas con él. Viajando una vez en caleza con uno de sus compañeros, *Ved*, le dijo: *¿cómo trabaja y nos sirve este caballo por un poco de cebada! ¿y nosotros qué hacemos para amar á Dios, despues de tantos beneficios como nos ha hecho?*

Así como el fuego material no se puede contener sino que prende y se dilata por todas partes, así, justamente, el amor divino de Alfonso procuraba estenderse y penetrar en los corazones de todos. Por lo cual nunca dejaba de hablar de él, no solo en sus sermones sino tambien en las conversaciones familiares, tanto con sus alumnos, como con todo el que fuese á verlo, mostrando los infinitos atributos de Dios, particularmente su bondad hácia el hombre, por lo que merece toda clase de amor. Y era tal la fuerza y la energía con que hablaba, que movia suavemente los ánimos, y los escitaba á aquel amor que por tantos y tan justos motivos exige Dios de nosotros. Habiendo ido un dia á visitarlo Monseñor Sanseverini, arzobispo de Palermo, teniéndolo Alfonso de la mano le dijo que le deseaba un amor sumo hácia Dios, y el verdadero espíritu de Jesucristo; pero con tanta energía y con tanto ardor de espíritu que lo hizo llorar de ternura.

Este mismo amor divino fué el que procuró insinuar con sus obras, particularmente con la que se intitula, *Práctica de amar á Jesus*, la que cuanto mas se lee, tanto mas debe volverse á leer. Así como todo su empeño y todo su placer se cifraba en ver amado y honrado á su Dios, tampoco habia para él mayor dolor ni mayor pesadumbre que conocer ó saber que era ultrajado y ofendido. ¿Pero qué no hacia de cuanto podia, y que no habria hecho ademas si hubiera podido, para impedir y remover cualquiera ofensa á la Majestad divina, como se ha visto en otra parte?

CAPITULO VI.

Caridad de San Alfonso hácia el prójimo.

El verdadero amor de Dios lleva necesariamente consigo el amor del prójimo, siendo estas dos cosas tan unidas y conjuntas entre sí, que la una no puede subsistir sin la otra: antes bien, se sostienen mutuamente de manera, que la una sirve como de alimento y de acrecentamiento á la otra. Ahora bien, ¿si tan grande y tan encendido fué en Alfonso el amor de